



UN HOMBRE DE PIEL SINTÉTICA

Lluc Atzet Riudor

UN HOMBRE DE PIEL SINTÉTICA



Primera edición: julio de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Lluç Atzet Riudor

ISBN: 978-84-10400-08-5

ISBN digital: 978-84-10400-09-2

Depósito legal: M-16308-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para aquel lector/a tan especial

Capítulo 1

Lejos de cualquier lugar conocido, Napadac era y es el infierno, una pesadilla, un antiguo planeta volcánico inhabitable aparentemente para nadie, remotamente alejado de cualquier nombre y donde no relucía ningún color fuera del negro y el rojo de la lava.

Un gran planeta rocoso y solo rocoso, más grande que el resto. De atmósfera cargante, de naturaleza lúgubre. Contaminado por la maldad, era la viva muestra de las muchas formas de la inquina. Geográficamente muy diverso, con altas montañas y largas y picudas cordilleras. Hogar de enormes valles y planicies extensas. Estaba ausente de agua, y no era raro porque esta era en sí misma la esencia de la vida. Se discutía que era tan oscuro que desde el exterior se mezclaba y se escondía en la negrura del espacio. Cuando el núcleo aún estaba activo, los volcanes de la superficie lo calentaban entero, como si fueran unas amenazadoras, humeantes y gigantes estufas. No había luz porque era un astro demasiado alejado de cualquier estrella, por lo que tampoco había cielo, no al menos como el común en el resto de los mundos. Solamente una perenne mancha negra que acogía la rotación sobre su propio eje que daba lugar a los días, pero tal acción era extremadamente lenta, como todo lo que se encontraba en aquella superficie árida. Solitaria era su presencia, quizás fuese ese el motivo de su naturaleza. Es por eso y mucho más por lo que ese remoto planeta para muchos era el infierno en vida. Los pocos individuos que pisaban aquellas tierras lo nombraban:

01100101 01101100 00100000 01110000 01101111 01111010
01101111 00100000 01100100 01100101 01101100 00100000
01101001 01101110 01100110 01101001 01100101 01110010
01101110 01101111 -

Que, traducido al básico galáctico, significaba: El pozo del infierno.

En la actualidad, Napadac no era tan diferente de antes. Su esencia de planeta insípido y sin alma seguía vigente. El núcleo se había enfriado y el magma se había solidificado provocando que todos los volcanes se extinguieran y dejara de fluir la lava por su superficie. Eso hizo que todo el globo se enfriara y ahora solo era una gélida y desértica roca oscura. Anteriormente, todo esto lo dedujeron los científicos, puesto que, cuando se descubrió, hace ya una eternidad de tiempo, era un lugar frío. No convenía estar muchos segundos, ya que, sin un equipo adecuado, se congelaban los mecanismos de soporte vital y no te podías mover, perdías la consciencia en menos de un instante para siempre. Fue descubierto por la antigua raza humana hacía más de 3 000 000 años (en estándar núcleo galáctico). Mucho tiempo, incluso para una base de datos, cosa que dificultaba encontrar o saber información sobre él. Quizás hubo una civilización en Napadac, pero los humanos fueron quienes le dieron el nombre oficial. Después de eso, se ignoró completamente, el planeta carecía de cualquier interés, e invertir en él para reformar el ecosistema hubiera supuesto un mal negocio.

Cuando los no sintéticos desaparecieron perseguidos por el apocalipsis, el orden mecánico se instauró a lo largo y ancho de la galaxia, lo que provocó el cambio total, trayendo caos y ceguera. No quedó nada no mecánico, el nuevo orden se instauró en todos los lugares conocidos por el hombre, y todos los después descubiertos por los MECAS también se acabarían sometiendo. Los humanos, después de su total desaparición, fueron venerados como auténticos dioses, antecediendo lo que ellos mismos habían hecho tantas épocas atrás con religiones como el cristianismo, el nuargarisa o el budismo. Así pues, la raza MECA se desarrolló, en cierto

modo, alejada de la filosofía, la literatura y de cualquier otra rama del conocimiento anexada al razonamiento de todo lo relacionado con la vida. Y así fue, próspero, prospera y en el futuro prosperará. Cosa esperable, ya que la propia naturaleza de los MECAS se lo marcaba, seres de juicio lógico y seducidos por la búsqueda de la pura eficacia en todos sus campos, llegando a niveles tecnológicos que para un humano no habrían sido más que magia o cuentos fantabulosos que especulaban con un futuro inalcanzable.

Con el tiempo, otros presenciaron Napadac. Seguidos por su planteamiento utilitario, los MECAS decidieron emplear ese planeta como vertedero de todo lo que estuviera roto, muerto, inservible, inútil, ineficaz o desfasado. Así es como todo robot y máquina de la galaxia (que era lo único que quedaba en ella) que entrara en esos calificativos iría a parar al planeta helado. Aquel era el verdadero motivo por el que se le nombraba el infierno en vida, pecadores era el único nombre que les quedaba a quienes llegaban a él. Injusta era su calificación y el sistema que los calificó. Nunca ellos fueron el problema aun con la insistencia de repetir que todo el que allí iba era para purgar los pecados muriendo en las milésimas de segundo debido a la atmósfera del planeta. Así es como todo el que acababa allí no volvía nunca, y la historia lo acreditaba.

Los MECAS y su civilización estaban abastecidos de muchos recursos. De grandes capitales y planetas muy diversos. Habían ocupado todo el vasto universo explorado. Con trillones de ellos, no tenían aspecto industrial ni tampoco estaban montados con tuercas y engranajes. Su piel no era de chapas metálicas moldeadas ni funcionaban con electricidad. Eran a imagen y semejanza de sus creadores de carne y hueso. De vista idénticos a los humanos, tanto por dentro como por fuera, solo que todo ello era sintético. Necesitaban comer y dormir como cualquiera del resto de mortales y se cansaban. Como todo, había excepciones, que se modificaban el cuerpo para parecer máquinas, y estos eran mal vistos por el resto, pues podría considerarse una herejía. La civilización MECA estaba en decadencia. Víctima de sus posesiones y de luchar por derechos

ya conquistados, de costumbres erradas y de una misión equívoca.

En medio de todo, entre dos mundos distintos, allí estaba, rodeado de cadáveres, montañas de despojos, valles de vidas acabadas, toda la superficie rocosa inerte de vida del planeta ahora estaba sepultada bajo miles de kilómetros de ellos, que actualmente eran chatarra. El horizonte, una difuminada línea formada por escombros, no acababa realmente, más bien se fusionaba con el propio cielo. Lo que anteriormente era una bola de piedras ahora era una esfera de restos de muchas procedencias.

Por extraño que pareciera, hacía tres días que había llegado al pozo del infierno, lo que, como a todos, provocó su muerte. Una rápida y fulminante muerte rodeada de muerte, pero los instantes de antes fueron el mayor castigo que pudo sufrir. No se hubiera podido definir el dolor experimentado. El frío congelaba a la persona haciendo que no se pudiera mover. Helaba todas las moléculas de agua que contuviera su cuerpo y hacía reventar las venas desde dentro. Los ojos también explotaban y, por último, el dolor en el cerebro era tan fuerte que mataba hasta los recuerdos. El sujeto moría de dolor y no de congelación. Pero todo eso era humano y no MECA, ellos solo podían soñar con siquiera empatizar con la persona que viviera eso. Acabando como quien desconecta un enchufe, de golpe se apagaban y morían, sin ninguna reflexión ni ningún fin, ellos no se marchaban, ellos se borraban del mundo sin siquiera apreciarlo.

Algo sorprendente le pasó al MECA que yacía muerto desde hacía tres días. Este estaba sepultado sobre algunos compañeros, y algo que no había pasado nunca ni pasaría después pasó. De repente, se encendió, en un primer momento, aparentemente, en silencio. Se encontraba en una angustiada situación rodeado de otros en su mismo estado que le aplastaban y lo comprimían hacia abajo. Empezó moviendo el pie izquierdo, se impulsó con él un poco hacia arriba. Con las manos, empezó abriéndose paso entre la muerte, siguió moviendo los pies, pataleando y empujándose como quien se ahoga en el mar y tiene que salir a la superficie. Des-

enterró primero sus manos y brazos. Los apoyó, se irguió y sacó la espalda y el cuerpo de entre los escombros mientras enderezaba las piernas, por último, levantó la cabeza a la altura de la línea del cielo. Allí estaba, no se sabía cómo, eso no le impidió sobrevivir. Un suceso imposible, para quien quisiera buscar respuesta a él debería investigar por otra rama que no fuera la ciencia, puesto que tal especialidad del conocimiento nunca logró darle respuesta. Aquello era matemáticamente imposible, mucho se teorizó.

Fuera como fuera, allí estaba, vivo. Frente a un paisaje que era desolador en todas las aristas de la palabra. Donde era de noche como siempre y debía estimar una linterna encendida para ver por dónde se iba; eso estaba bien, menos por el hecho de que no tenía. Por poseer, a duras penas y por suerte, llevaba ropa.

El viaje por el más allá no había salido gratis y ahora estaba muy malherido y estropeado. Su extremo cansancio y su desconcertante situación no ayudaron. Tampoco había de olvidar que el clima del lugar seguía vigente. Había que encontrar alguna solución y pronto, puesto que quizás no aguantaría mucho más de lo ya aguantado lo que ya hubiera sido una colosal hazaña. El clima del planeta era violento, y su atmósfera, opresora. El cielo se hacía ciertamente protagonista en aquella ambientación, constante y siempre devolviendo la mirada de aquel viajero. El MECA peregrino, con instintos de supervivencia, como todos en ese momento, solo pensaba en una cosa: vivir y no desperdiciar su milagro particular. Lo único que podía hacer era caminar, caminar hacia delante. Sin linterna, siguió su ruta en línea recta sin saber muy bien dónde se dirigía. Fue vagando, dio un paso.

Sin vislumbrar nada, siguió con otra zancada. Todo a oscuras y pisando piel sintética congelada, dio uno más, más tarde dio otro. Trastabilló por unos momentos, pero siguió. Volvió a dar un paso. Culminó el último con el siguiente. Repitió una y otra vez esta hazaña. Cuando acabó, siguió una vez más. Sin darse cuenta, se le congeló la articulación de la rodilla izquierda. El hielo había inmovilizado también el movimiento de toda la pierna. Esto pro-

vocó que se cayera hacia delante y fuera arrastrado hacia abajo de la montaña en la que no sabía que se encontraba hasta que llegó rodando pendiente abajo a su regazo. Arrastrando algunas piezas, formó una pequeña avalancha. Finalmente, llegó hasta el suelo. En él, cogió un hierro del suelo que aún conservaba suficiente punta y cogió también un pequeño trozo cuadrado de metal que había también alrededor. Colocó el hierro afilado sobre el hielo en sus rodillas y, martillando con la pieza cuadrada, empezó a esculpir el hielo como si de un cincel se tratara. Desquebrajándolo en pedacitos, rompiéndolo y extrayéndolo, pegó y pegó, por más esfuerzo que utilizara no se desagarrotaba aquello. Volvió y volvió a intentarlo, pero nada funcionaba, después de aspirar a conseguirlo repetidas veces, se quiso castigar por su estado. Empezó a golpear su rodilla y, al intentarlo tantas veces, finalmente, acabó por conseguirlo. Tras quitárselo, copió su última acción y volvió a dejar una huella más. Así siguió y siguió, y, cuando acabó, siguió otra vez hasta que le fallara el vigor. ¿Quién era esa máquina? Todo a su alrededor era desagradable, el suelo por su naturaleza era como una caja de herramientas de incómodo apoyo para los pies, por lo que se tropezó. Su cuerpo cayó sobre el suelo, esta vez con más infortunio. Su cabeza sintética se golpeó con algo más duro. Estuvo inconsciente durante unas horas; como si de magia se tratara, se despertó y le costó levantarse, aun con ello, impulsó su cuerpo para arriba con los brazos. Saldría de allí incluso arrastrándose. Siguió caminando.

Recorrió ochenta y dos kilómetros y no se le agotaron las fuerzas en ningún momento. Estuvo veinte horas vagando en la misma dirección. Fue un milagro que millones de partes de su cuerpo pudieran sobrevivir intactas. En medio de su tormenta, confió en un milagro.

A lo lejos, asomando entre las tinieblas, se intuyó el arca. Camuflada entre la completa oscuridad, se discernía el vehículo en el que desembocaban todas esas máquinas. A la distancia, como elemento disidente, parecía una enorme oscura ciudad que hubiera cesado

su actividad de noche. Se presentaba como un tenebroso castillo salido de una terrorífica historia. La nave indicada para transportar todos los MECAS para, acto seguido, tirarlos al planeta. Era el único vehículo de la galaxia capaz de aguantar la temperatura muy por debajo de 0 del planeta. Ella y todo el personal que llevaba a donde tiraban los MECAS al planeta, también ellos, aclimatados mental y físicamente específicamente para Napadac. Había optimismo para aquel individuo cuyo origen no se conocía ni cuya supervivencia y resucitación tampoco lo harían nunca. Al fin, había esperanza para él, así como no había hecho de otra manera antes, siguió caminando, siguió caminando hasta llegar al punto que lo podía sacar del infierno.

Allí se encontraba delante de la enorme nave espacial: el arca. La más grande del universo. La red que hacía funcionar todo, desempeñaba la función de recoger todos los renegados de todos los planetas que anteriormente se enviaban a Galus Secundus para facilitar el trabajo, el siguiente destino que habría de adoptar nuestro MECA; el principal problema del planeta era que era el más cercano a Napadac, gran desgracia. La misma arca los recogía de allí, mucho era el trabajo que se requería porque si algo sobraba en la galaxia era todos esos MECAS que no servían. Usaban ese sistema porque acondicionar una nave para entrar en aquel planeta era caro.

Se posó sobre la muy ancha rampa de aterrizaje y observó la entrada a la aeronave. Era un carguero centenario, llevaba mucho ya en funcionamiento. Tenía la pintura desgastada y algunos tornillos se veían flojos solo de vista. El puente de mando estaba en el morro delantero y tenía unos gigantes motores en la parte trasera que expulsaban terribles olores. A sus dos lados estaban los pocos trabajadores descargando a los MECAS muertos ya rápidamente para cumplir con el plazo que se les marcaba. Todos se inmovilizaron y dejaron de hacer sus cosas de inmediato. Nadie podía creer que alguien saliera de ese planeta. No se plantearon ni cómo, pero estaba allí. Quedaron observando un largo rato. Su intelligen-

cia artificial no sabía dar explicación al suceso que acababan de presenciar por lo que lo único que supieron hacer en una situación como esa fue quedarse paralizados sin saber cómo reaccionar. Para muchos, su mente colapsó en aquellos momentos. De seguro todo les pasó por la cabeza durante aquella pausa, esto hasta que la larga fila de MECAS paralizados por el desconcierto de carácter divino se arrodilló delante de él, alzó la mirada al cielo y sonó la llamada de su destino. Siguió caminando y subió al arca.

Nunca había tenido nada tan claro. Verdaderamente, este era su camino. Quería alcanzar su sitio, era el mesías y debía convertirse en un dios. Aquella era su letanía.

Capítulo 2

Aquel día me levanté e hice una de las cosas que tan pocas veces hacía y una de las que más me arrepentía de no hacer. Era martes, un día más, pero aquel martes había visto el mundo más bonito de cómo lo solía ver. Lo había visto lindo, había visto la esperanza. No en ellos, en mí, por eso el optimismo filtró mi mundo. Me sentí orgullosa de ello. Una genial manera de bailar con el tiempo de un día más. Pocos días estaba así, de modo que tenía que exprimirme una sonrisa. Sonaba cursi, pero lo prefería por delante de mi melancolía.

Y así lo hice, habíamos acabado de preparar la mochila en casa con madre. Al siguiente día nos íbamos un mes de peregrinaje, lo que era una costumbre, siempre manteníamos ese hábito. Era un mes extraño, cargado de tradiciones, así que estábamos de medio vacaciones. Hoy aún había tocado trabajar y acumulando el tener que preparar la mochila para las fiestas provocó mi cansancio e hizo mella en mí. Bajé a cenar con madre, como era a diario. Hoy había preparado algo un poco más elaborado y sabroso que lo que nos tenía acostumbrado nuestro modo de vida.

—Hola, hija —dijo.

—Hola, madre —dije.

—¿Cansada?

—Sí, bastante, quiero que este día se acabe ya.

—Bueno, tranquila, que ya está anocheciendo. Además, ya has acabado tu jornada —dijo con clara intención de animarme.

Madre acabó de preparar la cena. Juntas pusimos la comida en la mesa de la cocina. Yo terminé de traer las servilletas y los cubiertos. Nos sentamos y nos pusimos a comer.

—Parece que tuvimos suerte por una vez. Nos vamos mañana al paraíso —comenté.

—Sí, excepto en que no ha interferido la suerte —dijo.

—Ese nombrado dios no existe, madre. La magia no existe, tampoco los dioses —le dije yo—. No volvamos a este tema otra vez.

—Te dije que sí que existe. Yo lo he visto y tú también, reconócelo de una vez. Nos salva diariamente a todos —repitió como siempre ella.

—Madre, hemos tenido esta discusión muchas veces, te recomiendo que dejes de considerarlo como un dios.

—Mientes, a mí sí me ha ayudado, no como...

Cuando empezamos a hablar del tema, supe que volvería a mencionarlo. Me puse colérica. Cómo era posible, cuando salía el tema siempre lo aludía. Me ofendió.

—¿No como quién? ¿No como quien, eh? ¿Como papá? Pues al menos él no era un crédulo y, sí, lo enviaron a Napadac, pero lo hizo para sacrificarse por nosotros. Mientras que en lo que respecta a ese fascista con filosofía comunista claro que lo he visto, he visto un ególatra en un trono en medio de un planeta para él solo. Claro que lo he visto, he visto a un mentiroso y a un mago de feria —dije yo, cansada de hablar.

—¿¿Qué sacrificarse?!? Ya vuelves con eso, ahhhh...

Estuvimos unos cuantos minutos en silencio comiendo. Preferí irme, apartar la silla y levantarme.

—Hija, siéntate en la mesa, mañana hay que salir temprano y sabes que tienes que comer.

Madre estaba en lo cierto, así que me volví a sentar y acosté la espalda en el respaldo de la silla que emitió un crujido, queja de su estado de vejez.

—Perdón, madre.

En realidad, estaba mintiendo, no me arrepentía de lo dicho en esa mesa, ni esa vez ni el resto me había arrepentido. Sin embargo, sabía que no retomar la discusión era lo mejor. Además, qué podía hacerle yo. Eran sus creencias y habría que respetarlas. Por mucho que me doliera. Después de eso me fui a dormir y a esperar al día siguiente.

Me desperté a la hora. Cogí la mochila, repasé que estuviera todo y salí a la calle delante de nuestro bloque de pisos a esperarla. Luego de que bajara también con su mochila, nos fuimos para la estación de transbordadores junto a mucha otra gente del barrio que estaba haciendo lo mismo. La cola para subir era muy extensa. No era novedad. Para esas fechas era pura lógica, casi todo el mundo que había tenido suerte hacía peregrinaje y la única forma de llegar a Paradisus, si no tenías muy buenos contactos, era con transbordador de línea. Era la forma que usaban todos, los de aquí y los del resto de la galaxia. Esperamos nuestro turno en la cola y subimos a esos transbordadores abarrotados de MECAS. Al salir muy temprano, pudimos entrar por poco porque solo los primeros de la cola se podían subir a la nave por una mera problemática de espacio.

Pasé todo el viaje en silencio. Cuando empezamos a llegar, por la redonda ventana se divisaba el bello planeta. No pude mirar mucho, solo había una y era solicitada por todos para querer ver el cuerpo celeste desde el espacio. Realmente había que aprovecharlo. Si una cosa era cierta es que era lo más bonito que existía en todo el universo. En realidad, esa era la razón por la que venía con madre. Por supuesto porque me obligaba, aunque sobre todo para poder quizás disfrutar unos días de ello.

Cuando llegamos a ese paraíso en vida, bajamos de la nave y esperamos. Contando qué parte de la galaxia, sumando todos los que se quedaron fuera por insuficiente espacio querían ir daba el resultado de que no cabía nadie en el planeta. El mes santo consiste en que una vez al año tienes la oportunidad de tener una audiencia con dios para encomendarle una petición o entregarle una

pregunta. Al contrario de lo que te hacían creer, tampoco todos los que llegaban podían alcanzar a conocerlo. Tenías que hacer cola y esperar durante el mes a que te fuera posible hablar con él. Muchos querían hacerlo, pocos eran escogidos; de esos pocos, otros muchos, ya una vez en el planeta, por tiempo, no acababan por tener su audiencia y volvían de su estancia con las manos vacías. Según madre, en una ocasión tuvimos suerte porque pudimos hablarle, cosa difícil. Esa vez ni le pedí algo ni le pregunté nada. Quizás ahora eso cambiase.

Era una cola extensísima. Lo extraño de la situación era que no se pelearon todos por tener una audiencia. La realidad era todo lo contrario, era una cola ordenada, casi infinita, pero ordenada. Todos estaban en ella por el mismo motivo. A mí, como no me gustaban tales vanidades, solo me agradaba observar la naturaleza del planeta. Todo el paisaje era inexplicable e inabarcable. Casi como una imagen soñada, físicamente se olvidaba, pero su recuerdo permaneció como un trauma en mi mente. Trauma que no hizo sino agradarme. Por eso tampoco me gustaba hablar con él, debido a que eso significaba que, cuanto antes lo hicieras, antes te irías del planeta. Mientras, pasaban los días, y con ellos las noches. El mes se iba acabando y, con él, la estancia en el planeta y las oportunidades para aquellos que desearan tener su visita.

—¿Has escuchado los rumores? —Oí a lo lejos entre el mar de campamentos para peregrinos, estos estaban preparados para pasar el mes santo. Todos ellos pegados dado el espacio.

—Sí, algún MECA loco dice que puede hasta ver el futuro —dijo otro a similar distancia del otro.

—¿No crees que pueda ser cierto?

—Hmm. No lo sé, ¿tú sí?

—Por supuesto, está claro que puede hacer eso y mucho más.

—No dudo de su divinidad, pero no creo que pueda alcanzar una hazaña tan grande —dijo el otro.

—¿Y por qué no? También he escuchado que, cuando las estrellas se consuman y los planetas mueran, él estará allí. Nos salvará a

todos. Con sus manos resucitará la vida del universo.

—¿Dónde vas! ¿De quién has escuchado tal chorrada tú? Es un dios, no hay duda, pero me parece que se exagera cuando...

La conversación siguió durante un largo recorrido de tiempo divagando sobre el mismo tema una y otra vez.

No dormí muy bien, la verdad, fue una molesta noche, no por esos dos pesados tertulianos, sino porque no recargué muy bien las pilas, esperé que no condicionase demasiado mi nuevo día.

Estaba de nuevo mirando el paisaje cuando madre vino a comunicarme que era nuestro turno, teníamos una audiencia con el dios en mayúsculas. La única vez que la había visto así de ilusionada fue en su visita anterior con el dios. Sus manos temblaban como una hoja en otoño, las piernas le vibraban de la emoción. Se la notaba un semblante realmente nervioso. Aun así, arrancamos de frente. La senda para llegar a la supuesta iluminación divina no era complicada, pero tampoco era fácil. La residencia de Deosus estaba asentada en el enorme pico del planeta y el más grande de toda la galaxia conocida. Para llegar, se había de recorrer 1 000 000 de escaleras. Por lo contrario, abandonar. Aún y las adversidades, llegamos. Debo presumir que me costó bastante menos que a madre. En la cima se alzaba uno de los muchos edificios. El templo principal, levantado por unas gruesas columnas. Los dos gigantes portones se abrieron al lento ritmo que se movían. Delante de nosotras, se encontró una increíble sala alargada sujeta por una infinita fila de pilares recubiertos de relieves de colosales medidas y de materiales artesanales hechos con mucho esfuerzo. Los techos abovedados de cristal eran la única iluminación que hacía falta. Al final, en su trono estaba él. En silencio recorrimos toda la estancia. Nos postramos ante su viva imagen. Como era tradición, nos arrodillamos y besamos el suelo. El sol entró por el ventanal detrás del trono y se iluminó. Su imagen era todo cuanto la vista podía apreciar. Cuando estabas sentado allí, solo podías mirarlo relajado en su templo.

—Bienvenidas, hijas mías —dijo Deosus.

Vi que mi madre estaba nerviosa, así que preferí hablar yo primero.

—Gracias por dejarnos entrar a la suya, la casa del señor.

—Decidme, fieles, cuáles son vuestras preguntas o peticiones. Recordad elegir bien, puesto que solo se os concederá una por persona.

Su voz era tal como me imaginaba, perfecta. No era tan grave como recordaba, pero era ciertamente encandiladora.

—Si me permite, empezaré yo, oh, gran Deosus —dijo madre una vez pasados los nervios iniciales.

Deosus pensó un segundo y asintió con la cabeza.

—Puede usted hablar.

—Muchas gracias, aunque déjeme anticiparle que le estaré eternamente agradecida condene lo que condene. Bien, una respuesta bondadosa como vos es lo que le voy a pedir. Tan solo eso, mi gran señor...

Lo cierto es que observé cómo Deosus comenzaba a aburrirse de tantas alabanzas por parte de mi madre y presencié como fue torciendo su cabeza hacia la izquierda, apoyando su brazo en ella.

—Déjeme explicarle. Hace escasos meses mi marido y el padre de mi hija nos dejó. Lo enviaron al pozo del infierno (Napadac). Cierto es que no obró como su palabra predica. Pero era un buen MECA y, aunque pecó, le pediría, por favor, que allá donde le haya sido designada su eterna estancia vele y conserve su alma. Se lo pido por favor —madre continuó.

Él siguió sin prestarle gran atención y tampoco se sintió interesado por la historia o la petición de madre. Lógico, puesto que de bien seguro esa era una de las más frecuentemente solicitadas y debía escuchar miles al año que sonaran igual a esa.

—Así se harán sus requerimientos. Todo sacrificio es recompensado.

Madre se emocionó, se arrodilló una vez más, y dio por concluida su intervención. Deosus tornó su mirada hacia mí. Cada músculo de la cara del dios se movía meticulosamente para agradar a sus visitantes. Dominaba el arte de la oratoria a la perfección.

—Y bien, joven, ¿cuál es tu petición o pregunta?

—Una respuesta es lo que yo le pido.

—De acuerdo —respondió.

Esta vez, se mostraba un poco más interesado por mi postración y mis formas.

—Dígame. —No estaba nerviosa al principio. Ahora me costaba tragar saliva—. ¿Dónde está mi padre?

La cara se le congeló en el instante en el que formulé la pregunta.

Capítulo 3

Un bonito paisaje, todo en Paradisus era precioso. Una maravilla de la botánica y el diseño moderno de entornos y arquitectura planetaria. El universo giraba alrededor de él. Un planeta de tamaño promedio, alojado en el ecuador de la galaxia. Era el paraíso en la tierra, con sus montañas, sus mares, sus lagos, sus bosques, sus prados e infinitas bellezas más. Lo más importante era el enorme templo, que a la vez era un palacio. Estaba situado en la colina de la montaña más grande, un gigantesco edificio construido con los más caros materiales y no carente de ningún lujo. Era el más bonito, pero también el más importante. El mundo entero y en concreto el templo eran la residencia de Deosus, el dios emperador. Antes lo primero que lo segundo. Nadie sabía demasiado sobre la historia de nuestro dios. Un día apareció en ese mismo planeta cuya existencia antes era desconocida. Extraño caso porque el planeta estaba en el centro exacto de la galaxia, y, al contrario que las regiones del borde de esta, esa era la zona más explorada.

Enseguida se supo de su naturaleza y, tan rápido como apareció en el mapa, la gente empezó a rezarlo. Los guerreros gritaban su nombre en batalla. Se conquistaban territorios por su figura. Cualquiera que muriera se encontraría con él en su momento final. De la nada, en pocos meses estándar, dominó la galaxia.

Hacía poco que había pasado el mes santo. Para estas fechas se empezaban a deshacer los preparativos, y se calentaban los motores para las próximas fechas señaladas. En palacio eran muy previsores.

Por lo ancho y largos pasillos del edificio comenzaba el movimiento. Entre paredes, cortinas, oficinas y la abundancia. Toda la algarabía de voces se reprimió en seco. Sus pasos no eran ni toscos ni bruscos. Mucho menos eran fuertes. Al contrario, tan leve era el contacto de las suelas con el suelo que parecía un zapatero deslizándose por la fina película de agua superficial. Se movía con la máxima elegancia. El corazón se paraba de un salto para todos aquellos de los que tuviera por acercarse. Es por eso por lo que todo el ajeteo de los pasillos y estancias se paró para dejar paso a la entrada de su divinidad. Todos reprodujeron el saludo debido para dejar pasar a Deosus. Se llevaron las rodillas al suelo, el abdomen tocando el muslo, la frente tocando el suelo y las manos cogidas entre sí tras las nalgas.

Deosus recorrió el pasillo con elegancia y estoicismo. Así llegó a la sala de reuniones. Capitaneada por una extensa mesa con las paredes repletas de cuadros y de cálidas luces de techo. Al contrario que la habitación, la galaxia era un sitio inhóspito y siempre había problemas. Estos asuntos eran constantes, eso no era novedad. Pasaba que algunos cogían una magnitud y relevancia que llegaban a los oídos de Deosus. En esta ocasión, esa cuestión era uno de ellos.

—Mi divinidad. Siento el inconveniente. Sé que estaba en su estancia de meditación.

—No te preocupes, Parxus los problemas de la galaxia son mis problemas, como también es mi deber solucionarlos.

Deosus se sentó en la punta de la mesa y, a continuación, todos los presentes hicieron lo pertinente, repartiéndose por los dos lados de la mesa. Todos eran gente importante: políticos, gobernadores, filósofos, analistas, gestores de finanzas, etc. Todo ese tumulto formaba una larga mesa repleta de gente capitaneada por su dios.

—No podemos permitir otra insurgencia como esta. Aplastarlos es nuestro deber. Modelemos esos nuevos MECAS, serviciales a este imperio. No soldados rebeldes antibelicistas. Hay que aplas-

tarlos y llevarlos a Napadac. —El MECA usaba su turno de voz hablando un poco más fuerte de lo correcto.

—Cierto, ya empieza a preocupar la frecuencia de este tipo de reuniones. El inconveniente no es una pequeña rebelión, hay que cortar el problema de raíz —voceó uno con su traje cargado de galardones.

—Señores, no hay por qué preocuparse, estas cosas pasan tarde o temprano, todos acabarán por aprender que dios está de nuestro lado, ¿verdad, Deosus?

No le importaba toda esa conversación de burocracia, para él era otra más. Una pérdida de tiempo. Después de aguantar toda la sesión, decretó que se enviaría un destacamento extra para reforzar las fuerzas del orden locales y se regresó a meditar. Su sala de meditación era una enorme cúpula con paredes blancas y carente de entradas de luz. Se sentó en medio de ella, respaldó sus piernas en el suelo y se alzó hasta el medio del sitio a media distancia del techo. Se sumió en un profundo sueño y se transportó como a otro mundo. Sus ojos mecánicos rotaron varias veces sobre sus cuencas y se tornaron al blanco. Al instante, regresó para otro tiempo.

Vio alguna cosa. Sintió un intensísimo frío. Allí donde se encontraba era todo oscuro y muerto. Sintió un mal augurio, su alma se rompió; se volvió a recomponer y se resquebrajó una vez más. El caminante hacía el camino. Ese era su sendero. Las huellas marcaban lo caminado. Seguía, seguía, seguía, seguía, seguía. Una casa, calor en ella. Espadas clamando sangre, sangre llamando a la muerte. Nada, el gran trono en la montaña del paraíso. Un pulcro blanco, todo de la más pura belleza, el olor. Una nave caminando por la oscuridad. Un águila en el cielo. Ser libre era el gran sueño.

Un enorme miedo recorrió su cuerpo. La sensación de un fantasma que acechaba su imperio. Algo ocurría, un mal augurio, alguna cosa extraña estaba por acontecer, algo que quizás cambiaría todo. Ese sueño no había sido normal. Eso había asustado al dios.

Recorrió una vez más los pasillos. El obispo estaba allí. Había venido a Paradisus solo para hablar de ese tan importante tema.

Causalmente, porque no estaba acostumbrado a salir de su satélite que había sido terraformado solo para él. Un proceso largo y costoso. El mismo que había equipado con todas las obscenidades. Ciertamente era, no era un MECA común. Tenía unas finas piernas, unos dedos largos y anchos en las juntas. Una espalda discreta y de una fina piel lechosa. Ocupaba una cabeza grande de cejas pobladas y canosas con unas ya extendidas entradas, mas tenía unas orejas grandes. Un MECA muy pintoresco y de una respingona figura. Lo más insólito eran sus ropajes. Llevaba un cinturón de cuero ya cuajado y un traje eclesiástico verde caqui con bordaduras de ornamentaciones guarnidas de oro, en los botones de las mangas y del pecho estaban colocados los símbolos de palacio, fabricados a mano en las mejores joyerías del centro del espacio. Extraño era su talante. Con muy poca frecuencia, se veía a alguien así vestido. Con muy poca menos, en los salones de reuniones del dios emperador. Muchos personajes de renombre habían pasado por ellos.

El gobernador de todo, la entidad más poderosa del mundo y una de las personas más influyentes en el entorno religioso se pusieron a hablar. El obispo había venido explícitamente para incidir en el tema de actualizar o modificar algún término o apartado de sus textos bíblicos. Para un dios, todo era aburrido. En esos tiempos, ya no tenía el don del asombro y nada lozano lo conmovía. No se hubiera requerido ser muy agudo para ver que ese asunto en nada reparaba su interés. Aun así, sí era un importante menester y, como tal, debía ser tratado. Así, el dios emperador y el obispo discutieron sobre ello. Este último habiendo convocado la reunión empezó proponiendo algunos cambios que desde la institución religiosa creían necesarios. El obispo creía imprescindible, pues, cambiar algunos pasajes que a su modo de ver se habían quedado obsoletos. Para él, no cambiarlos podía representar un pequeño paso atrás del que, de no rectificarse, cabía la posibilidad de acabar a largo plazo con la importancia que tenía la religión. Lo que se trasladaba, para ese modo de ver, dejar de ser relevante por todo el imperio construido por el dios emperador. Según Deosus, era

otro atajo de tonterías dignas de un paranoico. No importaba todo eso que él decía. Él era dios y tenía la verdad con él, el don de la clarividencia y la omnisciencia. Él no se debía adaptar al mundo, el mundo debía adaptarse a su llegada.

—Bueno, como le iba diciendo. Creo que estas medidas son realmente necesarias para mantenernos al orden del día y que el imperio siga vigente en la mente y corazones de su pueblo.

Algo estaba empezando a cambiar en la actitud del emperador después de charlar durante unas cuantas horas. Actitud que siempre solía ser la de una voz tranquilizadora y una mano amiga de todo su pueblo.

—Obispo, hemos tenido esta conversación infinitas veces y tendré esta conversación con usted y con los futuros obispos infinitas veces. El pueblo estará con su dios. Ese dios soy yo. No va a haber ningún cambio.

—Señor, le ruego que lo reconsidere, podría ser fatídico para nuestras instituciones.

—No, no quiero volver a repetirlo, no me haga perder el tiempo ni una vez más, por favor —hablaba con un tono más sofocado a medida que duraba esa larga conversación.

Una vez más, el obispo insistió:

—De verdad, sabe usted que yo y mis hermanos solo velamos por su bien y el de todos sus súbditos —dijo con un ligero miedo de escuchar la respuesta.

—No es no. —Paró unos segundos, cogió aire y se levantó—. Le ruego que se vaya, no, no se lo voy a repetir, ya tiene mi respuesta, la fe es un don humano único; y parece que usted tiene fe en mi respuesta. No, se lo he dicho a usted y a todos los que le han acontecido. Va a tener que irse.

Al escuchar las palabras de Deosus, los guardias entraron para llevarse a velocidades vertiginosas al obispo de allí. Tan rápido como entraron, salieron. Él se sentó en su lujoso sillón, bebió algo, se relajó y pensó en su único problema importante. Era sabido que era dios, todos lo trataban como tal, pero no se sabía que podía

haber otro. Aquello debía mantenerse oculto. Por debajo de todo, que nadie siquiera se lo pudiera olfatear. Enterrado en lo más profundo de cualquier cosa. Guardado con la mayor seguridad para que no se viera. Volvió a sus estancias y allí se encerró durante esos días. Para él, la jornada había terminado. ¿Saben?, la galaxia era un mundo demasiado vasto para que tan solo hubiera ocurrido un milagro, preguntó para su consciencia si habría tan siquiera la posibilidad de que a alguien le hubiera ocurrido como a él. Era lógico pensar que, si la historia era tan extensa, hubiera podido ser así. De esta forma, se propuso investigar. Se fue a su biblioteca. Lo que para algunos era el tamaño de su pequeño pueblo era la biblioteca de Paradisus. Laberintos de estanterías de roble oscuro, cargadas con todo lo que daban de sí por todo tipo de libros: novelas, libros de historia, recopilaciones de mapas, algunos poemas, historias inventadas, historias reales, etc. Rebosantes de conocimiento estaban todas y cada una de ellas. Pasillos y pasillos donde se encerró durante unas semanas para tener tiempo de ojearlos todos. Durante ese tiempo, nunca se aburría, pidió que nadie le pudiera interrumpir más de lo pertinente para traer la comida sin molestar. A medida que pasaban esas horas, a veces días, crecía su desespero, quizás se había dejado por mirar algún libro. Quizás su biblioteca no era la más grande y extensa. Siguió mirando por las secciones que le faltaban. No quedaban muchas, pero tenía fe, quizás en esos restantes estaba una historia similar o igual a la suya. Se acabó de leer todos los libros. No había nada. Remiró todos los rincones de la biblioteca por si había alguno perdido. Se salió de allí, fue a buscar información en otra parte por si hubiera algún libro que no estuviera en ella. Rebuscó y recorrió todos los bancos de datos del espacio, y no, no encontró nada de nada. Al fin, se cansó y reconoció para sus adentros que eso significaba que era único, y que lamentablemente estaba solo. Rodeado de trabajadores que servían íntegramente para él. Todos lo idolatraban como el dios que era. Sí consiguió respuestas, pero no eran las que buscaba. Se fue a meditar y relajarse para despejar la mente, interrumpió en el silencio

de la sala y entró en la zona. Una vez más, penetró y recorrió el mundo en un instante y vio la verdad entre la mentira.

¿Por qué, por qué, por qué? Una leyenda nacía, otra debía morir. Gris, blanco, se pudre, se levantó un camino. Una pregunta, tan solo una. No pidió más. No correspondió, ¿por qué?

Pasó el trance, cada vez estaban siendo más confusas las visiones, más que otorgar verdad, solo hacían que nublar al dios, se estaban enturbiando.

Al cabo de la semana consiguiente, tuvo tres reuniones más sobre temas que ni importaban. Se aburrió todos y cada uno de todos esos días. No le pasó nada importante. Era un ser responsable y no podía desatender sus deberes. Sabiendo aun así que realmente no eran necesarios. Porque para él todo eso era ya conocido, como visitar un recuerdo. No sabía lo que le pasaba. Ni él ni nadie tenía respuesta a ese problema que le estaba acosando día y noche. Se dirigió a que lo atendiera su médico. Con el mejor equipo del mundo, vanguardia de los mejores programas clínicos. Rodeado por ellos atendieron a su divinidad. Nada sacaron en claro. Los análisis no señalaban nada extraño, pero el paciente decía lo contrario. Un sentimiento amargo, extraño e indefinible le profanaba desde el tórax y recorría todo su cuerpo cada nuevo amanecer, calentando la suave seda que cada día arrojaba las carnes y huesos de su esqueleto. No tenía una vida ocupada, tampoco nadie que lo molestara. Él era como un piano cuyas notas siempre sonaron en bemoles. Extrañaba como extraña un árbol al bosque. Era la gran estrella de un sistema que circulaba a su alrededor, pero tan solo en la distancia disfrutaban de su luz. Sus delirios siempre habían estado allí. ¿Qué le había llevado a ello? ¿Qué lleva a un bebé a hablar? O a un artista a crear. Se paseó por el pasillo, los guardias se arrodillaron, rígidos como estatuas siguiendo su protocolo. Desde el otro lado de la puerta, se oía a todos hablando. Las abrió y todo alguien importante se levantó y lo saludaron. Caminó al final de la mesa, le colocaron la silla y se sentó. Los presentes se sentaron perfectamente coordinados al unísono. El consejero Loudas inauguró el acta. Como era de esperar, no hubo nada de interés

por horas. Después de un largo tiempo de escuchar y lanzar palabras al vacío, por primera vez probablemente en toda su larga historia salieron muchos temas a lo largo de la tarde, y entre ellos se vislumbró uno que apuntaba con una extraña historia. Nadie le prestó especial importancia, para todos era un tema mundano, nada que requiriera de más interés del habitual. Al parecer, el tema que estaba exponiendo el señor que en cada reunión presentaba los asuntos que se iban a tratar en la prolongada mesa sí era interesante. Parecía que en la nave que transportaba a los infortunados y que frecuentaba los pozos del infierno solo por una hora por día al mes, llamada Arca, ocurrió algo raro. Resultaba ser que, en ella, la última vez que había hecho el recorrido de vuelta estaba trayendo un MECA de más que los que habían salido en la tripulación originalmente. Cosa imposible porque las probabilidades de que alguien viviera en el planeta ni siquiera por unas horas que no fuera la tripulación era imposible. Nunca se había dado ese fenómeno. Todos pensaron que sería un error de cálculo. Simplemente algún fallo o algún imprevisto que hizo subir a alguien más que no fue contado al ir, pero sí al volver. Pensamientos no faltos de lógica porque ni el más loco pensaría que no había sido un error de cálculo. La nave que en el punto de la reunión aún no había llegado al planeta más cercano había sido víctima de un extraño fenómeno. A nuestro emperador no se le produjo ningún tipo de duda, no era una casualidad. Muchas piezas encajaban en su cabeza. En esa nave gigantesca, dirigiéndose en línea recta vagando por el profundo espacio, había alguien protagonista de un milagro. En los momentos que esos señores hablaban, se estaba dirigiendo hacia la civilización un feto que se estaba gestando en lo profundo de una habitación del arca y que, en un momento no esperado, estaría por nacer. Mientras, cuando acabó de exponer el tema, algunos cuantos se pusieron a parlamentar sobre él. Para concluir, quien dirigía la sesión dijo:

—De acuerdo, ¿alguna objeción o propuesta más para abortar este tema? —Ante el silencio de todos, el sujeto concluyó continuar—: De acuerdo, pues, prosigamos.

Para seguir con el asunto, se esperó a que acabara el acta y se fue. Él sí tenía algo que objetar en esa materia. Sin embargo, eso no lo dijo. Ahora estaba en sus manos el que era el posible destino de un posible nuevo dios. ¿Cuál sería la acción correcta?, no había opción buena. Todas y cada una de ellas tenían una consecuencia plenamente incierta para el futuro del tiempo. Si realmente era un dios, tendría que pensar cuáles serían las consecuencias para él mismo. Le dio vueltas al tema durante muchas horas y, finalmente, llegó a una conclusión, la conclusión que sentía que acarrearía el mejor destino para el enigmático individuo del que poco se sabía más que de su destinación. Ni tan solo conocía si existía, quizás realmente era un fallo de conteo y aquella persona de más sí había ido ya en la ida. Pero, para alguien que era un milagro viviente, sabía en sus adentro que no era un error de conteo. De acuerdo, finalmente y después de estar pensándolo mucho, tuvo su decisión. Puso por delante de todo el destino del nuevo mesías. Él, que creía que había estado solo siempre toda la eternidad de su vida, ahora estaba equivocado, y le gustaba estarlo. Debía encontrarle un futuro al viajero. Para él creyó que lo mejor sería...

—Emisario, mande con la mayor urgencia posible este mensaje: *Gobernador del sector 37z, le escribe este mensaje personalmente su dios, Deosus. Por lo que logrará entender la importancia de esta empresa. Debe impedir que los próximos tripulantes del arca que regresen de Napadac bajen de la nave. Como sabrá, no tiene mucho tiempo, puesto que no le deben quedar muchas horas para cuando le llegue este comunicado. Por suerte, sé que si alguien puede hacerlo son mis soldados. La misión es simple. Se cree que hay un miembro de dicha tripulación que se había colado, búsquelo y tráigamelo vivo, es de alta importancia que así sea, avíseme cuando lo haya hecho.*

